

LA EDUCACIÓN: PRIORIDAD POLÍTICA ECONÓMICA Y SOCIAL EN EL SALVADOR

— Víctor Manuel Valle Monterrosa —

Valle, Monterrosa, V. M. (2022). La educación: prioridad política económica y social en El Salvador. Revista CON-SECUENCIAS, N.º 1.

Todas las rutas del desarrollo integral de un país pasan por la educación como punto focal. Un país desarrollado cuenta, como lógico correlato, con una educación de alta calidad y pertinente para las circunstancias específicas del país donde se asienta.

Como es sabido, unas de las variables utilizadas por los técnicos en la confección del Índice de Desarrollo Humano son las tasas de escolaridad y al porcentaje de alfabetismo. Además de los números asociados con el nivel de desarrollo educativo de un país, debe atenderse, por otros medios y con otros criterios, la pertinencia de la educación con las rutas hacia el desarrollo social que un país haya emprendido democráticamente.

Las variables educativas se mezclan con otras para tener el citado Índice, pues

completan su cálculo la esperanza de vida promedio y el ingreso per cápita. Así se ubica al país en un nivel de desarrollo correspondiente que permite, con el paso del tiempo, determinar tendencias de progreso o deterioro.

Según el último informe sobre desarrollo humano, del PNUD, El Salvador ocupa la posición número 124 entre los 189 países incluidos en el informe. Está lejos de Panamá (posición 57) y Costa Rica (posición 62) aunque supera levemente a Guatemala, Nicaragua y Honduras (posiciones 127, 128 y 132 respectivamente).

A pesar de las siempre presentes controversias en torno a un indicador, por ser incompleto o por hacer énfasis en lo numérico y en los promedios, lo cierto es que nadie discute que el país con el número 1 en la clasificación del Índice de Desarrollo Humano –Noruega– está

mucho más desarrollado que el que ocupa el lugar más bajo— Níger— según lo consigna el más reciente informe de desarrollo humano.

Aunque El Salvador es un pequeño país, las cifras en educación examinadas en conjunto muestran que cualquier acción de mejora educativa a emprender, lo hará en varios millares de unidades.

Hay más de 6.000 centros educativos de diferentes niveles, modalidades y grados de excelencia, de los cuales el 15% son centros dirigidos por entidades privadas. Todos los centros educativos atienden casi dos millones de estudiantes y en ellos trabajan unos 150.000 empleados en docencia y administración

Se adjudica a Nelson Mandela (1918-2013) la frase de que la educación es el arma más poderosa para transformar el mundo. El ex presidente chileno Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) decía que gobernar es educar. El estadista argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) sostenía que hay que educar al soberano con lo cual se planteaba la importancia de la educación popular y lo que ahora podría ser la educación de la ciudadanía.

En 1996, hace 25 años, una comisión de alto nivel produjo, por encargo de UNESCO, un iluminador texto conocido como Informe Delors, por el nombre del destacado político francés, que la presidió, y cuyos editores le pusieron como

título: La educación encierra un tesoro. El informe pretendía hacer luz para las grandes transformaciones sociales, a través de la educación, que debían emprenderse en el siglo XXI que estaba a la vuelta de la esquina.

Con base en el citado tratamiento intelectual y político que se la ha dado a la educación, desde hace más de un siglo, el Estado salvadoreño debería explotar al máximo ese tesoro y desde el gobierno formular cursos de acción para que el soberano, es decir el pueblo, se eduque permanentemente para una vida plena en libertad y con dignidad. Así, se daría concreción al ideal de Mandela, hacer de la educación el arma más poderosa para transformar El Salvador.

En El Salvador, a lo largo de su existencia como país, ha tenido reiteradas declaraciones de políticos y líderes sociales que se proclaman sobre la importancia de la educación; pero la realidad social y educativa muestra que esas declaraciones no se han transformado en acciones eficaces que mejoren las condiciones de vida, sobre todo de los más necesitados.

La educación como proceso social, sistema en el Estado u objeto de estudio científico ha ocupado siempre un lugar secundario y marginal en las prioridades del país. Por eso la educación, en su conjunto, no ha sido relevante ni pertinente para la acción política que casi nunca se ha orientado a la transformación social.

Expresión cuantitativa de esa falta de prioridad se ve en el porcentaje del producto interno del país dedicado a la educación o en el porcentaje del presupuesto público que se destina a la educación pública; o en el monto del presupuesto público dedicado a la universidad del Estado. Para encontrarle sentido a estas cifras, es bueno compararlas con las que se dedican en otros países de la región latinoamericana.

Cifras, más o menos recientes, comparadas, del porcentaje del Producto Interno Bruto que algunos países latinoamericanos invierten en educación indican que Costa Rica invierte cerca del 8%; Venezuela, Brasil, Argentina y Chile, entre el 5% y el 7%; Nicaragua, el 4,3% y El Salvador 3,8%.

En cuanto al porcentaje del presupuesto público dedicado a educación, El Salvador muestra deficiencias comparativas con otros países de la región. (Ver: Expansión/Datosmacro.com). Según las cifras más recientes, en Chile el porcentaje del presupuesto público dedicado a educación es 21,54% y tanto Belice como Honduras, Nicaragua y Guatemala muestran porcentajes entre el 20% y el 22%, mientras para El Salvador se consigna el 12,52%. (Cifras son de los años, entre 2018 y 2020).

Pero hay algo más preocupante. Es el desdén social por la educación que está a flor de labios de los ciudadanos. El «mashrito» o la «mashtrita» no son

personajes respetados por los ciudadanos y la profesión magisterial no es símbolo de estatus respetable.

La baja escolaridad promedio de los salvadoreños ha sido soslayada por las élites y por las organizaciones populares. Por eso después de tantos discursos sobre reformas educativas la escolaridad promedio de los salvadoreños apenas pasa los 6 grados mientras Chile y Costa Rica tienen 11 y 9 grados respectivamente.

Aumentar la escolaridad promedio de los salvadoreños, con una educación de alta calidad, es un desafío estratégico del Estado para contribuir al progreso y bienestar de todos, mejorar la productividad, desarrollar la ciencia y la tecnología, afianzar la identidad cultural, engrandecer las artes, tener universidades de avanzada y caminar hacia la búsqueda del desarrollo integral, sostenible, que combina armoniosamente las variables de la economía, la ecología y la equidad social

A la educación «nada humano le es ajeno». Por eso, para transformar al país hay que colocar a la educación como piedra angular del desarrollo. Sin duda, la educación como sistema del Estado, como proceso social omnipresente y como objeto de la ciencia puede y debe contribuir a la dignificación de la política, al fortalecimiento de la economía, al bienestar social, al progreso sostenido y a la organización social y popular de todos los salvadoreños.

Entre otras medidas concretas se sugieren poner al docente, bien formado, en el centro del proceso educativo y hacer de las escuelas públicas un centro comunitario al que concurren estudiantes, padres de familia, líderes locales para apuntalar una organización popular por la que las personas adquieran conciencia de sus derechos y deberes y gocen sus libertades con dignidad.

La educación demanda una base material que tiene costes financieros. Una movilización masiva de recursos para transformar la educación revitalizaría la economía, por ejemplo, a través de

construir nuevos centros educativos o reparar los existentes, adquirir materiales educativos, dotar de uniformes o alimentar a centenares de miles de alumnos.

Para que El Salvador tenga una educación transformadora y liberadora los dirigentes conductores políticos, empresariales, sociales del país tienen la palabra y, por supuesto, el soberano también. Hay que llenar antiguos vacíos y eliminar carencias de vieja data, agudizadas por la pandemia en marcha que daña al mundo y descubre deficiencias de los Estados y de las sociedades.